

colocado en un ataúd, cubierto de chales y cachemiras, es conducido por cinco ó seis de los que fueron amigos suyos, á los cuales relevan de trecho en trecho algunos otros. Preceden al acompañamiento varios ciegos y mendigos salmodiando versículos del Corán, y cierran la marcha los parientes, los conocidos y una partida de plañideras. Primero se conduce el cuerpo á la mezquita, y después al cementerio, donde lo entierran con la cara vuelta hacia la Meca. Cuando se trata de un gran personaje se levanta en torno de la piedra sepulcral una construcción cúbica, dominada por una cúpula. Los días de fiesta se adorna los sepulcros con flores, y las mujeres pasan allí días enteros orando.

IV

DIFERENTES COSTUMBRES ÁRABES. — BAÑOS, CAFÉS, USO DEL TABACO Y DEL HASCHISCH

Baños.—En Oriente los baños difieren del todo, por la higiene y la comodidad, de los que existen en Occidente, á los cuales aventajan mucho; y son además lugares de reunión y conversación de tanta importancia como lo fueron entre los Romanos.

Todos los de Oriente están contruídos con arreglo al mismo principio, no distinguiéndose sino en su mayor ó menor lujo. En una primera pieza, que sirve de vestuario y de sala de descanso, y donde se desnuda el bañista, hay un diván grande, y en el centro una fuente de mármol; una vez envuelto en una sábana y calzadas unas almadreñas de madera, se conduce al bañista á una sala calentada hasta unos 50 grados, donde lo tienden en una losa, y lo frotan enérgicamente; de aquí pasa á otra sala, donde después de un nuevo frotamiento y de un enérgico enjabonado, lo someten á varias abluciones de agua tibia y fría; en seguida lo conducen á la primera sala, donde permanece acostado y envuelto en mantas, fumando su narghilé, y tomando café. Nada restaura mejor las fuerzas después de una jornada fatigosa, que uno de estos baños; de modo que sería de desear que todas las ciudades importantes de Europa poseyesen algunos del mismo género.

Cafés.— *Uso del tabaco y del haschisch.*— También están los cafés muy concurridos; pero no se usa en ellos el lujo de que están dotados los de Europa. Generalmente su mueblaje se reduce á esteras, tazas y narghilés. Pero en cambio el café que en ellos se sirve es tan per-

fecto, que uno de los mayores disgustos del Europeo que regresa de Oriente, es tener que habituarse de nuevo á la detestable maceración que con el mismo nombre se toma en su propio país.

El uso del café entre los Orientales data relativamente de modernos tiempos, y era del todo desconocido en la época de la civilización árabe.

Mientras se toma el café, se suele también fumar ese delicioso tabaco rubio y aromático, del cual no se conocen más que malas falsificaciones en Occidente. Se le introduce generalmente en narghilés de largos tubos, de cuyo utensilio hay diferentes modelos, bien que todos están contruídos de tal suerte, que el humo pasa por un recipiente de agua antes de llegar á la boca del fumador, lo cual tiene por resultado quitarle todos sus principios tóxicos. Para cargar el narghilé, se moja el tabaco, después se le exprime en una tela, y en seguida se le coloca en el recipiente superior; encima se pone un poco de carbón encendido; y chupando fuertemente por el otro extremo del tubo se conserva la combustión. Además del narghilé se fuma el cigarrito, y en cuanto al puro, no se le conoce allí (1).

Entre las grandes distracciones de todos los pueblos orientales, una de las más generales siglos há es el uso de la sustancia embriagadora llamada haschisch, pues con ella el más desdichado fellah puede ser tan feliz durante un rato, que no cambiaría su suerte por la del más poderoso monarca de la tierra. Con el auxilio de esta planta preciosa los Orientales han resuelto el difícil problema de encerrar la dicha en un frasco, y de tener siempre este frasco al alcance de la mano. Tan importante ha sido y es esta planta en la vida de los Orientales, que no será inoportuno explicar un poco sus propiedades.

Todos sabemos que el haschisch se fabrica con la planta que lleva el nombre de *Cannabis indica*; se vende en el Cairo y Constantinopla, bajo formas variadas, entre las cuales las de

(1) El tabaco de Oriente casi no contiene nicotina, á pesar de lo cual no podría fumarse mucho en forma de cigarrito, sin que hiciese daño. Por esto es evidente que contiene otros principios que la nicotina, la cual durante largo tiempo ha sido tenida por el único agente tóxico del humo del tabaco. A fin de determinarlo, he verificado algunos años ha ciertas investigaciones que me han llevado á descubrir en el humo del tabaco un alcaloide mucho más venenoso que la nicotina, y no poca cantidad de ácido prúsico. Estos experimentos se han conservado en la memoria siguiente: *La fumée du tabac. Recherches chimiques et physiologiques*, segunda edición, aumentada con nuevos experimentos sobre el ácido prúsico, el óxido de carbono y los diversos principios toxicológicos que contiene el humo del tabaco.

diferentes confituras y dulces, pastillas, bombones, etc., que son las más usuales. Lo mezclan siempre con sustancias extrañas, por ejemplo, con nuez vómica, con jengibre, canela, clavo de especia, y hasta, según se dice, con las cantáridas, las cuales modifican mucho sus propiedades.

Parece que toda la antigüedad conoció el haschisch, suponiéndose que el Nepenthes de Homero era un preparado del *Cannabis indica*, como también la base de la sustancia de que habla Diodoro de Sicilia, empleada por las mujeres de Diosópolis en Egipto con el fin de disipar la cólera y disgusto de sus maridos. Lo cierto es que ya se usaba mucho en Siria en tiempo de los cruzados.

Los efectos del haschisch dependen mucho del estado del experimentador en el momento de hacer el experimento; y creo que podría sintetizarse su resultado psicológico, diciendo que exagera prodigiosamente las ideas que pasan por la cabeza, haciéndolas tan intensas que llegan á confundirse con la misma realidad. El que lo toma en una disposición mental agradable, queda luego sumido en un mundo de visiones deliciosas, relacionadas generalmente con sus preocupaciones habituales; y los Orientales, que toman esta sustancia en el fondo de sus harems, encantando los ojos y los oídos con los bailes y canciones de sus mujeres, se creen luego trasladados en medio de las huríes del maravilloso paraíso de Mahoma (1).

Los efectos del haschisch han sido también estudiados desde el punto de vista científico, pero de un modo todavía muy incompleto; y creo que serán una mina preciosa para los psicólogos que lleguen á analizarlos concienzudamente. En una obra publicada recientemente acerca de los efectos psicológicos de esta sus-

(1) Se necesita el estilo figurado de los poetas para describir las visiones que se pasean por el cerebro del que ha tomado el haschisch, y he aquí respecto de esto las observaciones que hizo Gerard de Nerval: «El espíritu, desprendiéndose del cuerpo, vaga libre y alegre por el espacio y la luz, hablando familiarmente con los genios que encuentra, los cuales lo deslumbran con sus revelaciones inesperadas y agradecidas. Entónces atraviesa de una fácil ojeada varias atmósferas de felicidad indecible, y aunque esto dura un minuto, parece eterno, por la rapidez en pasar de unas á otras sensaciones. Por mi parte, tengo un sueño que sin cesar reaparece, y que siempre es variado, aunque no cambie nunca, cuando me retiro á mi barquilla, mecido por la esplendidez de mis visiones, y cerrando los ojos á ese deslumbramiento perpetuo de jacintos, de carbunclos, y esmeraldas y rubíes que componen el fondo en el cual el haschisch dibuja sus maravillosas fantasías. Como en el seno del infinito, distingo á una figura celeste, más hermosa que todas las creaciones del poeta, la cual me sonríe con una dulzura penetrante, y baja del cielo para llegarse á mí. ¿Es un ángel? ¿es una hurí? Lo ignoro; pero se tiende en mi barca, y la grosera madera de ésta se transforma luego en nacaradas perlas, flotando en un río de plata, y llevada por una brisa de perfumes.»

tancia, hemos puesto en evidencia el hecho imprevisto de que produce á grandes dosis un desdoblamiento de la personalidad, análogo al que frecuentemente se observa en el sonambulismo provocado. La vida inconsciente del espíritu, no percibida en el estado normal, por más que sirva de base á toda nuestra conducta, reemplaza en ciertos momentos á la existencia consciente ordinaria. Entonces el individuo pierde toda noción de su individualidad, y habla de sí mismo en tercera persona: su carácter, su lenguaje y disposiciones cambian del todo, y este cambio es tanto más característico, cuanto que presenta al hombre tal como es. En estos momentos nada más fácil que hacerle revelar el fondo de su pensamiento y sus más íntimos secretos; de modo que el haschisch, manejado por una mano hábil, podría quizá servir en casos graves, para obtener revelaciones de ciertos criminales, evitando así los errores de la justicia.

V

JUEGOS Y ESPECTÁCULOS, DANZAS, NARRADORES, ETC.

Los juegos de los Arabes difieren poco de los de los Europeos, pues el Arabe está familiarizado con el ajedrez, el trictac y las damas. También se usa mucho el tiro al blanco, la pelota, la esgrima del sable y del palo y la lucha. Los nómadas se ejercitan en el juego de la jabalina, que es una especie de torneo á caballo, y además en diversas fantasías ecuestres.

Los espectáculos forman también uno de los pasatiempos favoritos del oriental; pero los personajes son ordinariamente títeres, pues aunque á veces sean verdaderos, me ha parecido en lo que he podido ver, que es muy mediano el talento de estos actores, los cuales dicen su papel como si lo leyesen, distando mucho de corresponder sus gestos á las pasiones que se supone están expresando.

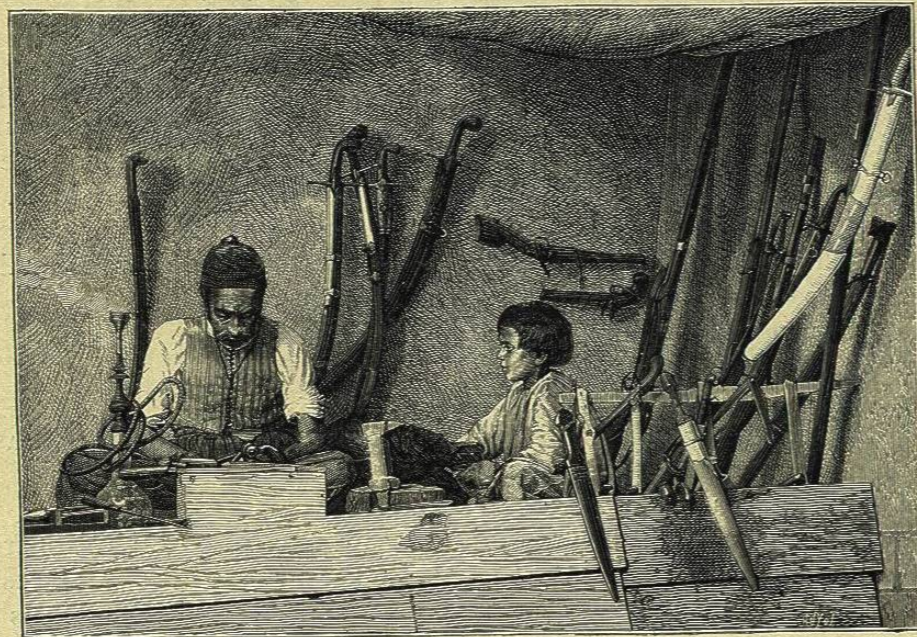
Los Orientales son muy aficionados á la música y al canto, siendo raro entrar en un café, donde no se oiga en seguida las notas agudas de la flauta y del violín, acompañadas del tamboril. Las melodías son algo largas y tristes, y no gustan nada á los Europeos.

Se considera en Oriente la danza como un espectáculo que no puede tener otros actores sino individuos pagados para desempeñarla; y la proposición de bailar en público, como lo

CAPILLA ALEONSTINI
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

hacemos nosotros en nuestros salones, haría sonrojar de indignación á los Arabes. Pensar que un hombre provisto de una dosis de buen sentido pueda ofrecerse en espectáculo, saltando cadenciosamente, á los acordes de un instrumento, les parece una monstruosidad.

Las danzas son desempeñadas en Oriente por unas mujeres llamadas almeas; pero todas las que he visto, particularmente en el Alto Egipto, y en diversas ciudades de Asia y África, me han parecido inferiores á su reputación.



Tienda de un armero árabe, en Siria. — De fotografía

noble visitante: «Ese héroe había vencido á todos sus enemigos en los combates, su brazo era invencible, el sonido de su voz hacía palidecer de terror á los más temibles guerreros, etc.» La principal habilidad consiste en rozar con el sable la cabeza del noble visitante, sin hacerle daño; y aunque el jeque de mi escolta me asegurase que este accidente casi nunca ocurría, hice inútilmente los más vivos esfuerzos para convencer á aquellas hijas del desierto de que prefería me mostrasen su habilidad, escogiendo las cabezas de sus compatriotas.

En cuanto á las almeas del alto Egipto, han decaído completamente de su antiguo esplendor; llevan en público un vestido que les priva de toda gracia; y sólo en la intimidad se desnudan de él, sin hacerse de rogar, bailando con aquellas prendas naturales que la leyenda atribuye á Eva.

Entre las diversiones predilectas de los Ara-

Aquellos bailes consisten sobre todo en movimientos de trepidación de la pelvis, dejando inmóviles las demás partes del cuerpo. Una de las más pintorescas se llama del sable, que he presenciado una noche en Jericó, á la luz del fuego del vivaque. Unas fellahinas, provistas de sables grandes y muy afilados, trazaban rápidos molinetes en torno de mi cabeza, mientras otras compañeras suyas entonaban canciones, en las cuales se celebraba el valor, la fama y particularmente la generosidad supuesta del

bes una de las que más prefieren consiste en oír los cuentos maravillosos que les refieren los narradores de profesión. Circulan estos narradores por todo Oriente, y su éxito siempre es considerable. A veces improvisan, pero generalmente se reducen á recitar una poesía ó un cuento de las Mil y una Noches. Todavía recuerdo la sorpresa con que una noche contemplé en un barrio popular de Jafa á un grupo de Arabes compuesto de faquines, bateleros, criados, etc., escuchando con el más religioso silencio á un narrador, que les leía un poema de Antár, á la luz de una linterna. Mucho dudo que hubiese obtenido el mismo éxito ante un grupo de labradores franceses la lectura de una poesía de Lamartine ó de Chateaubriand.

Al ver la influencia de estos narradores en las masas, se puede comprender uno de los aspectos interesantes del carácter de los Arabes, á saber: su grandísima viveza, unida á la gravedad de la actitud, y al poder de su imagina-

ción representativa: lo que oyen lo ven, quedando tan impresionados de ello, como si positivamente lo viesen.

«Es necesario haber estado entre estos hijos del desierto, exclama un viajero, cuando escuchan sus cuentos favoritos. ¡Cómo se agitan! ¡cómo se calman! ¡cómo brillan sus ojos en su moreno rostro! ¡cómo sigue la cólera á los sentimientos tiernos, y las estrepitosas risas vienen tras las lágrimas! Con qué rapidez pierden y recobran alternativamente el aliento, y con qué

intensidad comparten todas las emociones del héroe, asociándose á sus penas y alegrías! Es aquello un verdadero drama; pero un drama cuyos espectadores son también actores de él. Los poetas de Europa, á pesar de todos los recursos de que disponen, como el prestigio de los versos, el encanto de la música y la magia de las decoraciones, no producen en los espíritus embotados de los Occidentales la centésima parte de las emociones que uno de aquellos narradores semi-salvajes. Si el héroe de la his-



Memorialista en Jerusalem. — De fotografía

toría está amenazado de un peligro inminente, los oyentes se estremecen y gritan: «No, no; que Dios le libre de eso.» Si se halla en medio de la pelea, combatiendo con la espada á las tropas de su enemigo, echan mano á sus sables, como si quisiesen volar en su socorro. Si le ven envuelto en los lazos de la traición, sus frentes se contraen penosamente, y exclaman: «¡Malditos sean los traidores!» Si ha sucumbido bajo el número de sus adversarios, salen de sus pechos profundos suspiros, acompañados de las bendiciones que se da á los muertos: «Que Dios lo reciba en su misericordia; que descansa en paz!» Pero si, al contrario, regresa triunfante y vencedor, llenan el aire con sus estrepitosas y entusiastas aclamaciones: «¡Gloria al Dios de los ejércitos!» Las descripciones de las bellezas de la naturaleza, y sobre todo las de la primavera, se oyen con gritos repetidos de: ¡*Taib, taib!* ¡Bien, bien! Pero nada iguala el placer que en sus ojos brilla cuando el narrador pinta á una mujer hermosa, y desarrolla su pintura con afi-

ción. Todos le escuchan en silencio y con el aliento suspendido; y como al terminar, dice: «¡Gloria á Dios, que ha creado á la mujer!» ellos repiten á coro, con voz conmovida, esta frase de reconocimiento y admiración: «¡Gloria á Dios, que ha creado á la mujer!»

VI

LA ESCLAVITUD EN ORIENTE

La palabra esclavitud despierta inmediatamente en la cabeza de un Europeo, lector de las novelas americanas de treinta años atrás, la imagen de unos desgraciados, cargados de cadenas, gobernados á latigazos, alimentados apenas, y viviendo en sombríos calabozos.

No me toca aquí averiguar si el cuadro de la esclavitud tal como existió há algunos años entre los Ingleses y Americanos, es bien exacto, y si tiene verosimilitud que un propietario de esclavos haya pensado nunca en maltratar,